

relieves de que hablamos manifiestan bien en la imperfección de su dibujo el atraso de la escultura europea en aquella edad, y como en todo el occidente este atraso venía á ser igual, es muy difícil discernir en qué país pudieron ser ejecutados. Lo único que en ellos se advierte comparándolos con las miniaturas del siglo anterior, de que hay muchos ejemplos en los códices del



FIGURAS DEL CÓDICE EMILIANENSE (Del Escorial)

monasterio de la Cogolla, es el abandono de las formas convencionales de mero adorno, que pudiéramos llamar *caligráficas*, para ceñirse á la imitación, aunque bárbara, de la naturaleza. Pónganse en parangón las figuras de esos marfiles con las que aquí reproducimos, sacadas del famoso códice que lleva el nombre de *Emilianense*, y se verá desde luego el gran progreso del arte del dibujo desde el siglo x al xi. Estas figuras de un códice casi tan interesante como el *Vigilano* que se escribió en el monasterio de Albelda, merecen llamar la atención en dos conceptos, á saber, como indicio seguro del estado del arte entre los monjes de San Millán de la Cogolla en el décimo siglo, y como testimonio de sus conocimientos en las Sagradas Escrituras

y en la doctrina canónica en esa misma centuria. Desde el punto de vista del dibujo, es curioso observar cómo se contentaba el miniaturista con unos trazos y perfiles convencionales que en algunas partes parecen meros geroglíficos. Repara cómo están hechas las manos de esos obispos: sus dedos terminan en volu-



FIGURAS DEL CÓDICE EMILIANENSE (Del Escorial)

tas; mira cómo están concebidos esos ropajes, esos pliegues, esas mitras: todo reviste cierto carácter ornamental, que demuestra que al dibujante no se le daba un ardite del juicio de la posteridad respecto de su pericia en la imitación de la humana forma.—Desde el punto de vista científico, es este códice muy respetable (1), y los monjes Belasco y Sisebuto que lo for-

(1) Consta este códice de 476 hojas y fué ejecutado en San Millán de Suso por el monje Belasco y su discípulo Sisebuto, pocos años después del *Vigilano* formado



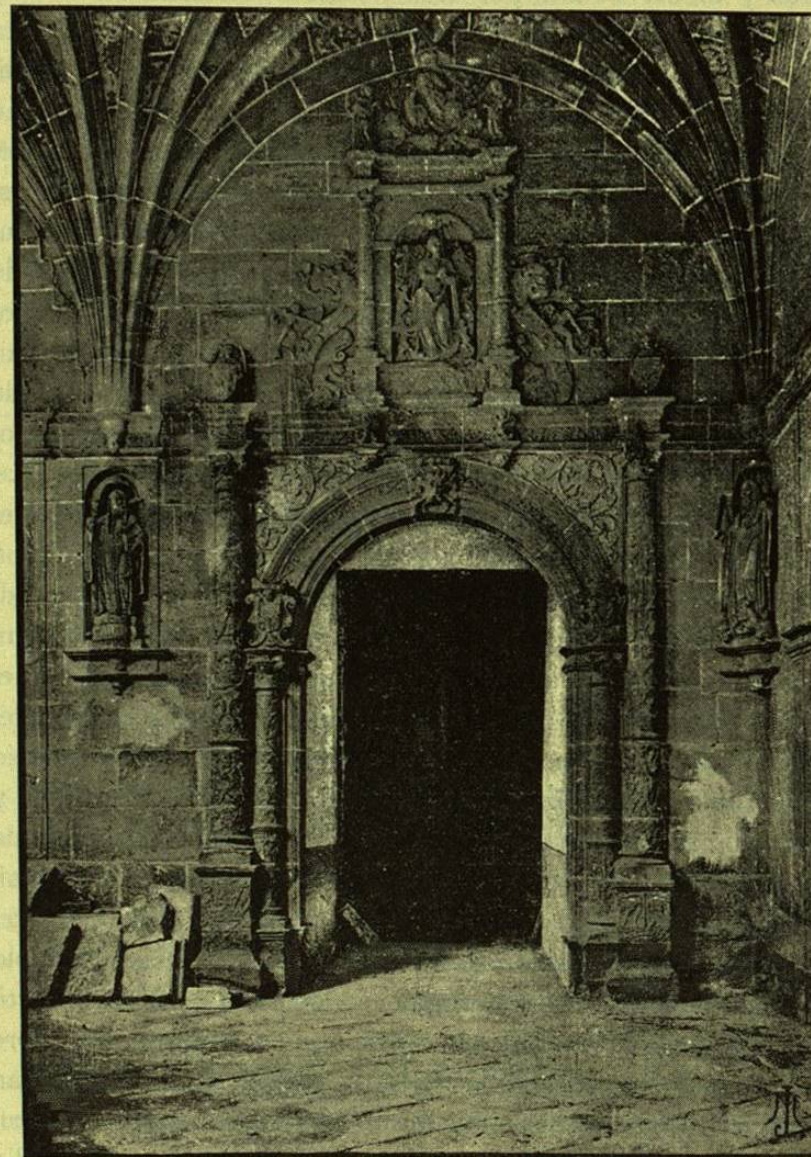
maron bajo la dirección del obispo Sisebuto, merecen la gratitud de esta misma posteridad que se ha reído y se ríe de su impericia pictórica. Además de los concilios orientales y occidentales, incluye entre estos últimos los de España; las decretales pontificias, el cronicón Albeldense, aunque no tan cabal como en el códice Vigilano, y otros varios tratados. De los concilios toledanos contiene trece solamente, y en el apéndice faltan los concilios Carpentoratense y Arvernense. Hállanse por último en este códice las dísticas de las iglesias de Sevilla, Toledo é Ilíberi, y son de las cabales que se conocen, y las que más extensamente y por centurias designan la sucesión de los pontífices que ocuparon aquellas sagradas sillas en el período importante de la dominación sarracena.

Si deseas ahora recrear tu vista con obras de un arte sazonado y bello, dejemos el arca de San Millán y los códices del monasterio de Suso, y fija tu mirada en esta hermosa puerta del claustro de estilo gótico y renacimiento que te mostré en una de sus crujas. Viste ya en el claustro del monasterio de Hirache una preciosa portada del mismo género (1.) Esta que ahora contemplas es no menos elegante que aquella, si bien las columnas que recuadran la puerta aparecen excesivamente delgadas.

Antes de la desamortización y consiguiente supresión de este célebre monasterio benedictino, había en su claustro alto muchos y buenos cuadros.—Doce de estos pintó por los años 1653 y siguientes un profesor navarro, vecino de Puente la Reina, llamado Juan de Espinosa, todos relativos á la vida del santo titular. Se había obligado á pintar hasta veinticuatro; pero le sorprendió la muerte á la mitad de su tarea. Terminó esta el fa-

en Albelda. Fué comenzado á escribir en la era 1014 (A. D. 976) y quedó terminado en la era 1030 (A. D. 992). No debe extrañarse que se emplease tan considerable número de años en escribirle y adornarle, por ser muy extenso, por hallarse enriquecido con muchas miniaturas, y por la prolijidad, exactitud y crítica con que fué compilado cuando en toda Europa circulaban las colecciones canónicas viciadas.

(1) Cap. xxvii de este tomo III, pág. 147 y 148.



PUERTA DEL CLAUSTRO DE SAN MILLÁN DE YUSO.



moso Fr. Juan Rizzi, monje benedictino. Tenían dichos cuadros dos varas y media de alto por tres y cuarta de ancho, y unos y otros debían de ser muy bellos. Los de Juan de Espinosa consta que fueron retocados por un pintor aragonés del mismo apellido, el cual además ejecutó otros dos cuadros que representaban el *milagro del pan y del vino* y el misterio de la *Anunciación*, que alcanzaron celebridad. Agregó á las producciones de éstos, en el siglo XVIII, las de su desordenado y harto ligero numen el pintor D. José Vexes, á quien vimos en Logroño cubrir de amaneradas y fáciles composiciones el trascoro de Nuestra Señora la Redonda; y representó también pasajes de la vida de San Millán. Del excelente colorista Fr. Juan Rizzi había en tiempo de Ceán Bermúdez hasta unos treinta cuadros en este monasterio, todos pintados en la santa casa, adonde vino expresamente para ejecutar el retablo del altar mayor, siendo Abad del de Medina del Campo. Otros monjes benedictinos se distinguieron también como pintores, no en este monasterio de Yuso á la verdad, pero sí en el de Suso. Había aquí bajo el reinado de Felipe II un insigne iluminador, llamado Fr. Martín de Palencia, que perpetuaba brillantemente el arte de los Vigilas y Belascos, y de él se conservaba á principios de este siglo en el mismo cenobio donde tomó la cogulla, un precioso libro, objeto de grande y justa estimación, titulado *de las Procesiones*, escrito en vitela de letra superior y exornado con graciosas miniaturas.—No terminaré mi ligera revista á las obras de pintura de ambos monasterios de arriba y de abajo, sin llamar tu atención hacia el retablo del altar mayor de Suso. Compónese de varias tablas, repartidas en cuatro zonas horizontales, en que se representan sobre fondo de oro, en estilo gótico del XIV, pasajes de la vida de San Millán con acento marcadamente ultra-pirenaico, pero de ejecución española. Este retablo produce muy bello efecto en medio del conjunto de desnudez y pobreza del presbiterio que ocupa.

El triste cuadro de silencio y desolación que ofrecía el desierto monasterio en la época de nuestra primera vista, ha cam-

biado totalmente en estos años últimos. Impera allí hoy la animación: escúchanse los armoniosos ecos de los sagrados cánticos y el fecundo rumor de las escuelas. La santa milicia agustiniana lo ocupa, y ya comienza á dar frutos sazonados la actividad y la ciencia de sus laboriosos hijos. Uno de estos, el P. Fr. Toribio Minguella, docto en antigüedades y siguiendo las huellas de los PP. Benedictinos del buen tiempo, aplicando su sagacidad al estudio de los antiguos códices con el loable objeto de purgar de errores el texto de la vida de san Millán escrita por san Braulio, nos ha suministrado ya una importante corrección del nombre geográfico *Distercio*, que debe ser *Dercecio*, con tanta frecuencia empleado por el ilustre escritor de la iglesia visigoda (1). Y esta enmienda ha venido á confirmarse por un notable monumento epigráfico. En efecto: una interesantísima carta del mismo sabio agustino al R. P. Fita de la Real Academia de la Historia (2), contiene estas noticias: «Por los años 1848 al 1852, arando Juan Cañas, vecino de *San Andrés*, en una finca de su propiedad, notó que la reja del arado había tropezado en una piedra; y en deseos de que no le volviese á suceder, tomó el azadón y se puso á sacarla. Indudablemente la hubiera abandonado por crecida y costosa de extraer, á no haber notado en su parte superior una circunferencia perfectamente labrada en forma de cordoncillo, que encerraba un círculo, como dispuesto á sostener una columna. De pronto la curiosidad, y después, vista su forma, la idea de que pudiera servirle como sostén de un pie derecho de fábrica, le animaron á terminar su obra, que dió por resultado una piedra como de hasta 6 palmos de altura, perfectamente labrada, con zócalo y cornisa, y entre ambos una inscripción, que entonces, á pesar de hallarse completa en sus letras y forma de estas, nadie se cuidó de traducir, ni aun de

(1) V. la obra del P. Minguella arriba citada, p. 223.

(2) Publicada en el *Boletín* de esta Real Academia en Agosto de 1883.



conservar. Esta piedra, aunque por de fuera parece ser de las silíceo-molares, según el aspecto que presenta, es de las que en el país llaman simplemente arenosas. El término donde se encontró se denomina *San Cristóbal*, en una especie de cañada que baja desde el monte Castillo hacia el río Cárdenas, como á 2 kilómetros sudeste de Estollo; siendo de advertir que el monte dicho parece tomar su nombre de un castillo antiguo, cuyos fosos aún se conocen; en donde varias veces han encontrado sables cortos y corvos, especie de cimitarras, y herraduras de tamaño más que regular.»

Con estos preciosos datos y los calcos que el mismo P. Minguella remitió, pudo el P. Fita leer claramente en la lápida del monte Castillo el nombre DER CETIO á la cabeza de una inscripción lastimosamente borrada, que sólo conserva unas cuantas letras desunidas.

Ya que nos sea forzoso regresar á Nájera, no abandonaremos este valle de San Millán sin recoger aquí memorias de otro valle celeberrimo, á él contiguo, que es el de *Valvanera*. Toda esta comarca, áspera y montuosa, que el invierno cubre de nieves y la primavera inunda de flores, toda esta tierra del partido de Nájera hasta la cordillera de *San Lorenzo* y su roto eslabón la *Peña de las tres Marias*, es como una Tierra santa occidental, donde una fe exaltada hasta el delirio ha desfigurado las historias piadosas más comprobadas con las más inverosímiles leyendas. Es tierra de cristianas tradiciones, donde cada valle y cada risco es venerada escena de un milagroso acontecimiento perpetuado en santuarios, en ermitas, en humilladeros, ya con altivas cúpulas, ya con modestas cruces. Pero todas las poblaciones de la angosta cuenca del arroyo Tobía que corre paralelamente al Cárdenas, como Villaverde, Matute y Tobía; todas las que al otro lado de las peñas del Oro y del río Najerilla, como Anguiano, Brieva, Ventrosa de la Sierra y Viniegra, caen al occidente de la cordillera de Camero nuevo, engalanan los timbres de su pasado con algún retazo de la historia del célebre

santuario de Valvanera, porque todas han tenido alguna parte en la larga serie de sus vicisitudes.

El santuario de *Valvanera*, situado en el centro de un verdadero desierto limitado por los aspérrimos montes del Oro y de San Lorenzo y por el curso del Najerilla, se alza sobre un rellano formado á costa de imponderables esfuerzos en el escarpado monte Mori. Dilátase de oriente á ocaso, y su asiento es tan reducido en algunas partes, que reclama el auxilio de fuertes muros de contención. Visto desde la profundidad donde corre el río que le da nombre, parece nido de águilas suspendido en gigantesca cumbre (1). El santuario propiamente dicho, esto es, la iglesia, es una buena construcción gótica del siglo xv, con su crucero de cuatro altares; y por la descripción que de él nos hace un entusiasta escritor devoto de la santa imagen que en él recibe culto (2), dudo de la belleza y propiedad de su decoración artística. Se entra en el templo por el mediodía, y desde luego se advierte su moderna restauración. Presenta su presbiterio un gran retablo de madera pintado de blanco y realzado con oro: en él hay tres hornacinas, que ocupan las imágenes de *Nuestra Señora de Valvanera*, *San José* y *San Francisco de Asís*. Este retablo ha sido ejecutado en Sevilla, á expensas de los devotos de Nuestra Señora que constituyen en aquella ciudad numerosa cofradía. Á mano derecha, dentro del presbiterio, está un altar consagrado á un *Niño Jesús* muy milagroso, imagen de buena escultura, conservada desde antes de la exclaustación de los padres benedictinos que ocupan hoy de nuevo el monasterio. La vivienda de los monjes está en comunicación con este templo por medio de una puerta que hay en frente del referido altar. Debajo del altar mayor, al pie de la imagen de la Virgen, que aparece colocada en el hueco de un

(1) Tomo esta descripción y las subsiguientes noticias del bello libro *Historia del santuario y monasterio de Valvanera en Rioja*, por el Dr. D. Hipólito Casas y Gómez de Andino: obra premiada en Zaragoza en certamen público: año 1886.

(2) El mencionado Sr. Casas y Gómez de Andino.



roble, alusivo al en que fué aparecida como en breve veremos, brota un abundante manantial, que desde la invención de la santa efigie no se ha secado nunca. Este manantial corre oculto por debajo del templo, desviando su curso al llegar á cierto punto del suelo para dirigirse al mediodía y formar la *fuentesanta* al pie del muro de contención de la explanada de la iglesia. Los altares del crucero paralelos al presbiterio son de madera con pabellones de tela (cosa de pésimo gusto), y los otros dos están empotrados en góticas hornacinas de piedra, que fueron enterramiento de ilustres benedictinos y de insignes bienhechores del santuario. En frente de la puerta de la iglesia se ve otra hornacina, donde suspenden sus ex-votos los fieles que experimentan el generoso auxilio de la Virgen en sus adversidades y dolencias. La iglesia se halla entarimada: el presbiterio alfombrado. Una hermosa lámpara luce noche y día delante de la venerada imagen; y dos arañas de cristal (mal gusto también) colocadas á los lados, y otras tres pendientes de la bóveda en la nave y en los brazos del crucero, contribuyen al ornato del santuario. La sacristía tiene un buen surtido de ornamentos sacerdotales y otros sagrados objetos, pertenecientes algunos á la época anterior á la excomunión, y devueltos por las personas que los custodiaban. Los más son debidos á la generosidad de los devotos de Nuestra Señora.

Los hechos prodigiosos después de la reciente restauración del santuario han vuelto á multiplicarse, y la ardorosa fe de los riojanos ha vuelto á engendrar milagros, que serán con el tiempo asunto de sabrosas leyendas.—Un labrador que trabajaba gratuitamente en las obras de reconstrucción, como otros muchos, guiaba una pareja de mulas que arrastraban un largo y pesado madero por la senda angosta y pendiente que arranca de la margen del río, en lo profundo del valle, y sube hasta la meseta del monasterio. Dominaba casi la cumbre, término de su ardua tarea, cuando el madero, al tomar una vuelta del camino, se salió de él y cayó precipitadamente al barranco arras-

trando en su caída á las mulas. Temblaba el infeliz labrador ante tamaña desgracia: impulsado por la vaga esperanza que brota en el alma en medio de las mayores aficciones, baja al cauce del río, y ¡cuál no sería su asombro al ver que las dos mulas cuya pérdida lloraba estaban en la orilla en pie, sin el menor quebranto ni señal de su terrible caída!—En otra ocasión, habíase de colocar en lo alto de la iglesia una viga, y la subían lenta y trabajosamente á causa de su enorme peso y grandes dimensiones. Para facilitar la operación, colocáronse en el púlpito dos hombres, que auxiliaban el trabajo de los que se hallaban arriba. La viga estaba ya á grande altura, cuando rompiéndose una cuerda, cayó repentinamente en medio del púlpito, y los que en él estaban quedaron ilesos.

El culto de la Virgen de Valvanera tiene remoto origen, aunque no pueda fijarse su principio por falta de datos. Créese que su imagen es una de las más antiguas de la Rioja: háblase de donaciones hechas á su santuario por D. Sancho *el Noble* ó de Peñalén en 1072, y de privilegios concedidos al mismo por D. Alfonso VI de Castilla en 1077, 1081 y 1092. La leyenda más admitida refiere su aparición del modo siguiente. Había un facineroso que se refugiaba en lo más áspero é intratable del monte Dercecio, y que tenía aterrada toda la comarca: era natural de Montenegro, en la provincia de Soria, distante cuatro leguas del valle venario ó de las venas (1), así llamado por lo mucho que en él abundan los veneros metálicos; y se ignora la causa que le hizo salteador de caminos y que le impulsaba á cometer los crímenes más horrendos; sábese solamente que el monte Dercecio, y principalmente Valvanera, era el teatro de sus perversas acciones y de sus viles atentados. Pero este foragido, movido un día de súbito y sincero arrepentimiento al ver que un infeliz labriego, á quien iba á acometer traidoramente

(1) Hoy *Valvanera*.



para asesinarle y arrebatarle su yunta de bueyes, hincado de rodillas en el campo y levantada la vista al cielo, con un puñado de semilla en la mano, imploraba la gracia de Dios pidiéndole con sencilla oración que bendijese su faena, cambió de vida y fué durante el resto de sus días un verdadero santo. El perdón del humilde labriego á quien iba á matar y robar, le alentó para consagrarse á una áspera penitencia: internóse en lo más escabroso del monte, y allí anduvo errante, entregado á terribles mortificaciones, sufriendo toda clase de males y llorando amargamente sus pasadas culpas. Fijóse luego en una cueva honda y oscura, formada en la cavidad de un encumbrado risco, la cual es conocida hoy con el nombre de *Trónvalos* (*trium vallium*) porque su boca principal mira á tres valles, y allí redoblando sus rigores y penitencia, fué, nuevo San Millán, el más famoso anacoreta de toda la Rioja. Un venerable sacerdote natural de Brieva, llamado Domingo, á cuyos oídos llegó la fama de la santidad de Nuño—que tal era el nombre del ejemplar penitente—quiso conocerle, y prendado de su incomparable virtud, resolvió quedarse á su lado y tomarle por modelo. Sirvió de gozo á Nuño la compañía de Domingo, el cual dirigía su espíritu como sacerdote, y ambos se estimulaban con discursos y prácticas en el camino de la virtud, y se prestaban auxilio mutuo en sus flaquezas y combates. Dicen que estaba Nuño un día en oración y oyó en lo interior de su alma una voz del cielo que le ordenaba fuese al valle venario, donde encontraría una imagen que estaba encerrada en el tronco del más grueso y frondoso roble, á cuyo pie nacía un cristalino arroyo, y en cuyo hueco labraban dulces panales las solícitas abejas. Comunicó Nuño lleno de regocijo la noticia á Domingo, y ambos partieron en busca del anunciado tesoro.—Ofrecía el valle entonces el aspecto de un enmarañado y espeso bosque, donde crecían con todo el vigor de una naturaleza virgen gentiles hayas, frondosos robles y corpulentas encinas, y obstruyendo el paso punzantes espinos y anudados zarzales que en desconcertada profusión

cubrían el terreno. Penetraron en este bosque Nuño y Domingo, y venciendo obstáculos y allanando dificultades, tomaron por guía la cinta de plata del río Valvanera, que los condujo á las entrañas del valle hasta el *prado del Abejal*, desde donde contemplaron, dirigiendo la vista á la vertiente del monte Mori, un roble corpulento, bello con el verdor de su fronda. Volando en alas de una santa curiosidad, escalaron el monte: al llegar al árbol, blanco de sus deseos, vieron que brotaba al pie un arroyo y que el tronco servía de albergue á un enjambre de abejas, señales que les dieron á conocer que era aquel roble el guardador de la imagen. Pasaron los piadosos anacoretas la noche en oración, y al despuntar el nuevo día, llegaron al árbol, lo registraron con vivas ansias, y se cercioraron de que las abejas ocultaban el carcomido seno donde se contenía la divina joya que se proponían rescatar. Ahuyentaron el enjambre, que parecía protestar con fiero zumbido del despojo de su vivienda, separaron los endurecidos panales fuertemente adheridos al interior del árbol, y vieron en éste, llenos de zozobra y de inefable emoción, una hermosa imagen de la Virgen María; sacáronla de allí con celoso cuidado y respetuoso amor, y la colocaron en un plano que formaba el tronco del roble, cuyas frondosas ramas le servían de gracioso dosel. «Ellos fueron los primeros en adorarla con loco entusiasmo y embeleso, á la sazón en que el astro del día doraba los riscos de la montaña, las aves del bosque entonaban sus himnos matinales, la fuente susurraba con el alborozado caudal de sus aguas, y las abejas acariciaban tiernamente á la que fué compañera suya y presidenta de su dulcísimo trabajo.» Dispusieron colocarla en una cueva próxima al lugar del hallazgo, cueva que les sirvió de morada por algún tiempo y fué incluida más adelante en la *ermita del Santo Cristo*, distante hoy un tiro de piedra del santuario; y en aquella noche, como la voz del cielo ordenase á Nuño que registrase de nuevo el roble, ejecutólo así el anacoreta al amanecer, y halló una arqueta ó cofrecillo que contenía preciosas reliquias, las que